

Para 26
Bibliotecas y
Escuelas 31

SALVACIÓN, CERTIDUMBRE Y GOZO.

Si eres Creyente,
¿Por qué no tener la Seguridad de tu
Salvación?

Si eres Salvo,
¿Por qué no tener Gozo?

Por Jorge C.

CASA BIBLICA DE LOS ANGELES,
643 So. Olive Street
Los Angeles, California, EE. UU. de A.

“¿EN QUÉ CLASE VIAJA V.?”

¡Cuántas veces se oye en la estación de ferrocarril esta pregunta! Lector, te hago la misma; porque ciertamente estás viajando de este mundo a la Eternidad, y puede ser que muy pronto llegues al término del viaje.

Repito, pues, la pregunta: “¿En qué clase estás viajando?” Sólo hay tres, y te diré cuales son, para que tú mismo te examines en la presencia de Aquel “a quien tenemos que dar cuenta.”

En 1a. clase viajan: Los que son salvos, y saben que lo son.

En 2a. clase: Los que no tienen la certidumbre de su Salvación, pero anhelan tenerla.

En 3a. clase: Los que no solamente no son salvos, sino que son completamente indiferentes a ello.

Querido lector, te pregunto de nuevo: “¿En qué clase estás viajando?” ¡Oh qué demencia es la indiferencia en las cuestiones de la Eternidad! Viajando yo cierto día por el ferrocarril, ví a un hombre venir a toda prisa, lanzarse por la estación, y saltar dentro de un coche al momento de marcharse el tren.

“¡Cuánto ha corrido Ud. para cojer el tren!” dijo un pasajero.—“Verdad,” respondió, respirando con dificultad, “pero así he ganado cuatro horas, y esto vale bien la pena.”

¡Cuatro horas ganadas! Al oír estas palabras no podía menos que decirme a mí mismo: “Si para ganar cuatro horas de tiempo se hacen tantos esfuerzos, ¿cuántos no debemos hacer cuando es cuestión de la Eternidad?” Sin embargo, hay miles de hombres bastante perspicaces en todo lo que se relaciona con sus intereses en esta vida, y quienes, para sus intereses eternos, parecen estar heridos de ceguedad. A pesar del amor de Dios manifestado en el Calvario hacia los pecadores, y de su ira contra el pecado; a pesar de la brevedad de la vida del hombre aquí, y de la solemne probabilidad de encontrarse después de la muerte con un remordimiento insuportable, estando en el infierno, al otro lado de aquella sima constituida entre los salvos y los perdidos; a pesar de todo esto, el hombre corre descuidadamente a su fin amargo, como si no existiera ni Dios ni muerte, juicio, cielo ni infierno. Si el lector de estas páginas fuera uno de los tales, ruego que Dios tenga misericordia de él, y que le abra los ojos ahora para percibir su peligrosa posición.

Querido amigo, tanto si lo creas, como si no, esto es la verdad. No dejes para más tarde las cosas de la Eternidad. La dilación es una arma de Satanás para engañarte y perder tu alma. Hay mucha verdad en el refrán que dice: “El camino de ‘más tarde’ conduce a la ciudad de ‘Nunca.’” Ruego a mi lector que no viaje por más tiempo en este camino. “Ahora es el día de la Salvación.”

Acaao otro de mis lectores dirá: “Yo no soy indiferente a los intereses de mi alma; mas una profunda angustia me rodea que viene de la

Incertidumbre;

es decir, que estoy entre los de la segunda clase de que se ha hablado.

Pues bien, amigo mío, la indiferencia y la incertidumbre, ambas son hijas de una misma madre: **la incredulidad**. La indiferencia nace de la incredulidad acerca del pecado, y la ruina en que se encuentra el hombre; la incertidumbre nace de la incredulidad acerca del soberano remedio que Dios ofrece. Estas páginas son escritas especialmente para tí que deseas tener una plena seguridad de tu salvación. Comprendo tu ansiedad, y estoy cierto que cuanto más medites sobre este asunto de suma importancia, tanto mayor será hasta que sepas que eres verdadera y eternamente salvo. "Porque, ¿qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo y pierde su alma?"

Supongamos un caso: El único hijo de un padre amoroso está navegando. Nuevas llegan de que el barco ha naufragado en una costa extranjera. ¿Quién podrá decir la angustia que la duda causa en el corazón de aquel padre, hasta que la más acreditada autoridad le asegure que su hijo se encuentra sano y salvo? O este otro: Un viajero está lejos de su casa en una noche oscura y borrascosa, e ignora su camino. Llega a un punto de donde parten dos caminos, y preguntando a uno que pasa cual de los dos es el que lleva a la población a que quiere ir, este le dice, señalándole uno: "Pienso que es aquel, y tomándolo espero que Ud. llegará al punto que desea." Respuesta tan vaga no satisfaría a nadie. Es preciso que esté cierto, o si no, a cada paso que dé, se le aumentará la duda. No debe sorprender, pues, que haya hombres

que ni pueden comer ni dormir mientras que la cuestión de la salvación de su alma queda por resolverse.

Perder los bienes es mucho,
Perder la salud es más,
Perder el alma es pérdida tal,
Que no se recobra jamás.

Ahora, querido lector, hay tres cosas que deseo, con la ayuda del Espíritu Santo, poner claramente delante de tí, y que en lenguaje de las Sagradas Escrituras son estas:

- 1a. El camino de la Salvación. (Hechos 16: 31.)
- 2a. El conocimiento de la Salvación. (Lucas 1: 77.)
- 3a. El gozo de la Salvación. (Salmo 51: 12.)

Estas tres cosas, no obstante de estar tan íntimamente relacionadas, tienen cada una de por sí su base separada: de modo que es posible que una persona conozca el camino de la Salvación sin tener el conocimiento cierto que ella misma es salva; como también lo es, que sepa que es salva y sin embargo, no tener en todo tiempo el gozo que debe acompañar a este conocimiento.

Primeramente, pues, hablaré del **Camino de la Salvación**.

En el Antiguo Testamento abundan figuras o sombras de cosas espirituales. El Apóstol Pablo las emplea muchas veces en sus Epístolas, como por ejemplo, en 1 Cor. 9: 9, dice: "No pondrás bozal al buey que trilla"; sacando inmediatamente la lección espiritual que encierra. Tomemos una de estas figuras.

En Exodo 13: 13 leemos: "Mas todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieres, le

degollarás: asimismo redimirás todo humano primogénito de tus hijos."

Ahora supongamos una escena ocurrida tres mil años ha. Vemos a dos hombres, el uno, sacerdote de Dios, y el otro, un Israelita pobre. Acerquémonos y escuchemos su conversación. Se conoce que el asunto que les ocupa es de importancia, y no es difícil ver que es sobre un asnillo que tienen a su lado.

"Yo he venido para saber," dice el pobre Israelita, "si no se puede hacer una excepción misericordiosa en mi favor por esta vez. Este animalito es el primogénito de mi asna, y aunque yo sé bien lo que la ley de Dios dice sobre ello, espero que se perdonará la vida a este animal. Yo soy un pobre en Israel, y malamente puedo sufrir la pérdida de este asnillo."

"Mas, la ley del Señor," contesta el sacerdote, "es clara e inequívoca: 'Todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no le redimieres, le degollarás.' ¿Dónde está el cordero?"

"¡Ah, señor, yo no poseo ningún cordero!"

"Entonces ve, compra uno y vuelve, o si no, ciertamente ha de ser degollado. El cordero o el asno ha de morir."

"¡Ay de mí! entonces todas mis esperanzas son frustradas," exclama él; "porque yo soy demasiado pobre para comprar un cordero."

Mas, he aquí, que durante el curso de esta conversación, una tercera persona se agrega a ellos, y después de haberse enterado del triste relato del pobre hombre, se

vuelve a él, y bondadosamente le dice: "Ten ánimo, puedo suplir tu necesidad," y continúa diciéndole: "Tenemos en casa, en aquel collado arriba, un cordero, 'no tiene mancha ni defecto alguno.' Nunca se ha extraviado de casa; voy a buscarlo." Presto se le ve descender del collado llevando el corderito, en seguida ambos, cordero y asnillo, están juntos.

Entonces el cordero es atado al altar, su sangre es derramada, y el fuego lo consume.

El recto sacerdote ahora se vuelve al pobre hombre y le dice: "Puedes llevarte a casa tu asnillo con toda seguridad; ya no hay degollación para él. **El cordero ha muerto en lugar del asno, y por consiguiente, este en justicia va libre. Gracias a tu amigo.**"

Ahora, querido lector, ¿no echas de ver en esta figura una enseñanza que el mismo Dios nos da, de la salvación de un pecador? Su justicia pide por tu pecado 'la degollación,' es decir, justo juicio, la muerte. "La paga del pecado es muerte." La única alternativa es la muerte de un sustituto por Dios ordenado.

El hombre no hubiera hallado jamás lo que el caso requería; más Dios, en la persona de su Hijo lo halló. El mismo ha provisto el Cordero. Juan el Bautista dijo a sus discípulos, fijando sus miradas en Jesús: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo." (Juan 1: 29.)

Y al Calvario Jesús subió, "llevado como un cordero al matadero," y allí "padeció una vez por los pecados, el justo por el injusto, para llevarnos a Dios." (1 Ped. 3: 18.) "El cual fué entregado por nuestros delitos, y resu-

citado para nuestra justificación." (Rom. 4: 25.) De modo que Dios no cede una jota de sus justas y santas reclamaciones cuando justifica (esto es, cuando absuelve de toda culpabilidad) al impío que cree en Jesús. (Rom. 3: 26.)

Lector, "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" (Juan 9: 35.) En tal caso puedo asegurarte que todo el valor de su sacrificio y muerte, tal como Dios lo estima, te lo acredita plenamente. Porque "al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." (2 Cor. 5: 21.)

¡Oh, qué Salvación tan maravillosa! Es grande y digna de Dios mismo. En ella llena los deseos de amor de su propio corazón, da gloria a su amado Hijo, y asegura la salvación a todo pecador creyente. ¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesu-Cristo, quien así ha ordenado, que su propio Hijo hiciese toda la obra y alcanzase toda la alabanza, y que tú y yo, pobres, culpables criaturas, creyendo en El, no solamente alcanzásemos toda la bendición, sino que además gozásemos de la bienaventurada compañía de Aquel que bendice para siempre jamás! "Engrandeced a Jehová conmigo, y ensalcemos su nombre a una." (Salmo 34: 3.)

Acaso digas: "Yo, que desconfío de mí mismo y de mi propia obra, y enteramente confío en Cristo y su obra, ¡cómo es que no tengo la plena certidumbre de mi salvación? A causa de lo que siento un día, quedo cierto de que soy salvo, y luego al siguiente me veo lleno de dudas, y como un buque combatido por la tempestad, sin anclaje ninguno."

"Te explicaré tu equivocación. ¿Has oído jamás de un capitán que trata de anclar su buque echando el ánchora **dentro** de él? Nunca. **Siempre afuera**. Comprendes que es la muerte de Cristo solamente lo que te da la salvación, pero **piensas** que lo que sientes en tu interior es lo que te ha de dar la certidumbre de ella."

Toma tu Biblia, porque quiero que veas por ella como Dios da al hombre

El Conocimiento de la Salvación.

Antes de leer el versículo que enseña **como** el creyente puede saber que tiene la vida eterna, lo expresaré del modo torcido que la imaginación de los hombres a veces lo pone. "Estos **gozosos sentimientos** os he dado a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios; para que sepáis que tenéis vida eterna." Ahora abre tu Biblia, y mientras que comparas esto con la inmutable Palabra de Dios, que El te dé que digas de todo corazón con David: "Los pensamientos vanos aborrezco; mas amo tu ley." (Salmo 119: 113.) El versículo que los hombres en su imaginación tuercen, como he dicho, es el 13 del cap. 5 de la 1a. Epístola de S. Juan, que dice así: "Estas cosas **he escrito** a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que **sepáis** que **tenéis vida eterna**."

La Historia Sagrada nos proporciona un relato que viene muy al caso para explicar como podemos tener la certidumbre de que se habla en el versículo citado. Es el de la salida del pueblo de Israel de Egipto. (Exodo, cap. 12.)

¿Cómo es que sabían de cierto los primogénitos de los

millares de Israel que estaban seguros la noche de la Pascua y del juicio de Egipto?

Hagamos una visita a dos de sus casas y oigamos lo que allí dicen.

Hallamos en la primera casa que entramos, que todos están temblando de miedo y duda.

“¿Cuál es la causa de toda esta palidez y temblor?” preguntamos nosotros; y el primogénito nos dice que el ángel heridor pasa por toda la tierra, y que él no está seguro de como quedará resuelto su caso en aquel momento solemne.

“Cuando el ángel heridor haya pasado nuestra casa,” dice él, “y la noche de juicio haya pasado, entonces sabré que soy salvo; mas no puedo ver como tener perfecta certidumbre antes. Los de la casa de al lado dicen que están seguros de su salvación, pero creo que esto es muy presuntuoso. Todo lo más que yo puedo hacer, es pasar esta larga y triste noche esperando lo mejor.”

“Bien,” continuamos nosotros, “pero ¿no ha provisto el Dios de Israel un camino de salvación para su pueblo?”

“Verdad es, y nosotros nos hemos valido de este camino. La sangre de un cordero de un año, sin defecto ni mancha, ha sido debidamente rociada con el manojo de hisopo sobre el dintel, y los dos postes de la puerta; sin embargo, no estamos ciertos de que escaparemos.”

Dejemos ahora a estos atribulados por la duda, y entremos en la casa vecina.

¡Qué notable contraste se presenta a nuestra vista! La alegría está en todos los rostros. Allí están, con los lomos ceñidos y bastón en mano, comiendo del cordero asado.

“¿Cuál es la causa de esta tranquilidad en noche tan solemne?”—“Esperamos,” nos contestan, “las órdenes de marcha de parte de Jehová, y entonces daremos el último adiós al látigo del cruel capataz, y a toda la esclavitud de Egipto.”

“Pero ¿olvidáis que esta es la noche en que el ángel de Dios pasa hiriendo a los primogénitos?”

“No lo olvidamos; mas nuestro primogénito está seguro. La sangre ha sido rociada, según el mandato de nuestro Dios.”

“También lo ha sido en la casa de al lado, sin embargo todos ellos están tristes, porque dudan de la seguridad.”

“Pero nosotros tenemos además de la sangre rociada, la Palabra inmutable de Dios acerca de ella. Dios ha dicho: ‘Veré la sangre y pasaré de vosotros.’ El está satisfecho con la sangre afuera, y nosotros descansamos seguros con su Palabra adentro.”

La sangre rociada nos hace salvos.

La palabra hablada nos da certidumbre.

Ahora, querido lector, “¿Cuál de estas dos casas, te parece, estaba más salva?”

Sin duda, dirás que la segunda.

Pues, estás equivocado: ambas estaban igualmente salvas. Su salvación dependía de que Dios miraba la sangre afuera, y no los sentimientos de ellos adentro. Y si tú quieres estar cierto de tu propia salvación, no debes escuchar el testimonio fluctuante de tus emociones, sino el testimonio infalible de la Palabra de Dios.

“De cierto, de cierto te digo, que el que cree en **Mí, tiene vida eterna.**” (Juan 6: 47.)

Para aclarar más este punto me serviré de un sencillo ejemplo sacado de la vida ordinaria. Cierta arrendataria, no teniendo pastos suficientes para su ganado, y oyendo que cerca de su casa hay para arrendar una buena dehesa, la solicita. Pasa algún tiempo sin recibir ninguna contestación del propietario. Entretanto un vecino suyo le visita y le anima, diciendo: “Estoy seguro que te alquilarán la dehesa. ¿No te acuerdas como por Navidad el amo te regaló alguna caza, y que el otro día al pasar en su coche por delante de tu casa, te saludó cariñosamente?”

Tales palabras alientan las esperanzas del arrendatario.

Al día siguiente se encuentra con otro vecino, quien le dice: “Me temo que no tendrás la dehesa. El Sr. B. la ha solicitado; y tú sabes cuanta amistad hay entre él y el amo.” Las esperanzas del pobre arrendatario son echadas por tierra con esta noticia. Un día está lleno de esperanzas y al siguiente de dudas.

Por fin llega el cartero con la respuesta a su demanda; la carta se abre con cierta ansiedad al reconocer la letra del mismo propietario. Al leerla se cambia la ansiedad en una satisfacción que se conoce en su rostro.

“**Es cosa arreglada,**” exclama, dirigiéndose a su esposa; “¡ya no hay lugar para dudas ni temores! El amo dice que me arrienda la dehesa por el tiempo que la necesite, y bajo condiciones muy ventajosas, y **esto me basta.** ¡Qué me importa lo que digan los otros! **La palabra del amo me asegura la posesión.**”

¡A cuántas almas les sucede lo del arrendatario citado,

que escuchando las opiniones de otros, o los pensamientos de sus propios corazones, son llevadas de acá para allá perplejas y afligidas! cuando si recibiesen la Palabra de Dios, **como Palabra de Dios, la certidumbre** tomaría el lugar de las dudas.

La Palabra de Dios dice que el que cree es salvo, y el que no cree es condenado. En los dos casos hay certidumbre, porque Dios lo dice.

“Para siempre, oh Jehová, permanece tu Palabra en los cielos” (Salmo 119: 89); y para el creyente de corazón sencillo, **Su Palabra confirma todo.**

“El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Num. 23: 19.)

“¡Oh, cuán bienaventurado
El hombre que en El espera!
Pues es gloria verdadera,
Y le da seguro estado,
Teniendo esta fe sincera.”

Acaso el lector preguntará: “¿Cómo puedo yo estar seguro de que la fe que tengo es verdadera; quiero decir, si tengo la clase de fe que salva?”

La respuesta es sencilla. Si pones tu fe para la salvación de tu alma sólo en Jesu-Cristo el Hijo de Dios, tu fe es verdadera. Y no es cuestión de los grados de fe, si es fuerte o débil; sino de la fidelidad de la persona en quien confías. Una persona puede asirse de Cristo con la fuerza de un hombre que se ahoga. Otra toca apenas el borde de su vestido; sin embargo las dos son igualmente salvadas. Las dos han descubierto que en ellas mismas no hay nada en que puedan confiar, y que sólo Cristo es digno de

toda confianza. A El, pues, se abandonan, descansando en la obra perfecta que El hizo en la cruz, y en la promesa que ha dado, diciendo: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna." (Juan 6: 47.)

Mira bien, lector, que no confíes para la salvación de tu alma en tu arrepentimiento, ni en tus penitencias, ni en ningún otro acto religioso. Puedes tener una firme fe en ellos, y sin embargo perecer eternamente. **La fe más débil en Cristo** salva eternamente, mientras que la fe más firme en toda otra cosa, fuera de El, no es más que el fruto de un corazón engañado y engañador: el follaje con que el enemigo cubre la trampa de la eterna perdición.

Dios, en el Evangelio, pone sencillamente delante de tí al Señor Jesu-Cristo, y te dice: "Este es mi Hijo amado en quien tengo contentamiento." Puedes con toda seguridad confiar en Su corazón; mas no puedes ni debes confiar en el tuyo, que es engañoso.

¡Bendito, tres veces bendito, Señor Jesús! ¡quién no confiará en tí y loará tu Nombre!

"Creo de veras en El," me dijo, cierto día, una joven ansiosa, "sin embargo no me atrevo a decir que soy salva, por si acaso dijese una mentira."

Esta joven era hija de un tratante en ganados; y su padre había ido a la feria aquel día para comprar.

"Supongamos, le dije, que al regresar tu padre, le preguntas: ¿Cuántos carneros ha comprado Ud. en la feria? y te contesta: Diez. (Sin duda crees en la palabra de tu padre.) Y si otra persona viniendo te preguntara: ¿Cuán-

tos carneros ha comprado hoy tu padre en la feria? ¿Le responderías tú: No me atrevo a decirlo por si acaso dijese una mentira?" La madre que escuchaba la conversación dijo: "Esto sería hacer a su padre mentiroso."

Querido lector, ¿no echas de ver que esta sencilla joven, a pesar de su buena intención, hacía a Cristo mentiroso, diciendo: "Yo creo en el Hijo de Dios, y sin embargo, no me atrevo a decir que tengo la vida eterna, por si acaso mintiese?"

"Y ¿cómo puedo estar cierto que creo de veras?" dice otro. "He probado muchas veces a creer, y he buscado en mi interior para ver si tenía fe: pero cuanto más la busco, menos la hallo."

Amigo, tu manera de mirar las cosas no puede dar otro resultado; y el procurar creer claramente demuestra tu equivocación.

Te voy a dar una figura para explicar lo que quiero decirte.

Estando tú en tu casa cierta noche, entra un hombre y te dice, que el jefe de la estación ha sido muerto aquella noche por el tren.

Mas, el caso es, que este hombre es de malos antecedentes, y conocido por el más atrevido mentiroso en toda la vecindad.

"¿Crearás tú al tal sugeto? ¿Darás importancia a su noticia?"

"Por cierto que no," me contestarás.

"Y ¿por qué?"

“Porque conozco al hombre, y sé que no es digno de confianza.”

“Pero, dime, ¿cómo sabes que no le crees? ¿Es porque miras a tu interior para ver tu fe o sentimientos?”

“No señor, pienso en el carácter del hombre que me trae la noticia.”

Apenas sale este hombre de tu casa cuando otra persona entra. Es un amigo cuyo carácter te inspira una completa confianza. “Vengo,” dice, “a anunciarte una triste nueva: El jefe de nuestra estación ha sido muerto esta noche por un choque de tren.”

“Fulano ya me lo había anunciado,” le contestas, “pero conocido su carácter, no quise creerlo, mas como tú me lo dices, lo creo.”

Insisto, pues, en mi pregunta, la cual, acuérdate, no es más que la repetición de la tuya: “¿Cómo puedes saber que crees tan confiadamente a este tu amigo?”

Tú me contestarás: “Es porque él nunca me ha engañado, y no creo que lo haga jamás.”

De la misma manera, lector, debes recibir y creer el testimonio del Evangelio a causa de la Persona que nos lo da, que es el Hijo de Dios.

“Si recibimos el testimonio de los **hombres**, el testimonio de **Dios** es mayor; porque este es el testimonio de Dios que ha testificado de su Hijo. El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado de su Hijo.” (1 Juan 5: 9, 10.) “Creyó Abraham a Dios, y le fué atribuido a justicia.” (Rom. 4: 3).

En cierta ocasión un hombre ansioso dijo a un siervo de Dios: “Señor, yo no puedo creer.” El predicador contestó con calma y sabiduría: “¿De veras? y ¿a quién no puedes creer?” Esta sencilla pregunta le abrió los ojos. Hasta entonces él pensaba que la fe era alguna cosa misteriosa que debía sentir dentro de sí mismo para tener la seguridad de su salvación. ¡Qué error! La fe es una confianza puesta en la Persona del Señor Jesús, y en su obra consumada.

Es por una mirada al Salvador que está fuera de nosotros, que recibimos la paz dentro de nosotros. Cuando un hombre vuelve su rostro hacia el sol, no puede ver su sombra. Así tampoco puede el pecador mirar a Cristo glorificado, y a sí mismo a la vez. Sabiendo quien es Jesús, ponemos nuestra confianza en El. Su obra consumada hace eternamente salvo a todo creyente, y la Palabra de Dios le da una certidumbre inalterable. En Cristo está el Camino de la Salvación, y en la Palabra de Dios el Conocimiento de la Salvación.

Quizás alguien de mis lectores diga: “Siendo salvo, ¿cómo es que tengo una experiencia tan fluctuante, que a menudo pierdo todo mi gozo, y me encuentro tan sin paz como antes de mi conversión?”

Esta pregunta nos lleva al tercer punto, que es:

El Gozo de la Salvación.

Las Escrituras nos enseñan que somos salvos por la obra de Cristo, que tenemos la certidumbre de la Salvación por la Palabra de Dios, y que el Espíritu Santo que

mora en el cuerpo de cada creyente es quien nos da el gozo de la Salvación.

Conviene tener presente que toda persona salva tiene aún la carne; es decir, la naturaleza de pecado en que ha nacido, y que empezó a manifestarse ya en sus más tiernos años. El Espíritu Santo en el creyente resiste la carne, y le entristece toda manifestación de ella, sea por pensamiento, palabra u obra. Cuando el creyente anda como es digno del Señor, el Espíritu Santo produce en su alma su fruto, que es: "Caridad, gozo, paz, etc." (Véase Gal. 5: 22.) Cuando anda en un camino carnal y mundano, el Espíritu se entristece, y en más o menos proporción, faltan estos frutos.

Para mayor claridad lo pondré de esta manera:

La obra de Cristo }
y
Tu Salvación } quedan en pie o caen juntas.

Tu modo de andar }
y
Tu Gozo } quedan en pie o caen juntos.

Cuando la obra de Cristo caiga en tierra, (y esto es imposible) tu Salvación también caerá con ella. Mas si en tu modo de andar faltas, (y sin velar esto es posible) tu gozo te faltará también.

De los primitivos Cristianos está escrito que "anduvieron en el temor del Señor y en el consuelo del Espíritu Santo." (Hechos 9: 31.)

Y otra vez en Hechos cap. 13, vers. 52: "Y los discípulos estaban llenos de gozo y de Espíritu Santo."

El gozo espiritual después de la conversión estará en proporción de la fidelidad del creyente.

¿Ves ahora, lector, tu equivocación? Has confundido el gozo de la Salvación con la certidumbre de la Salvación, que son dos cosas diferentes. Si por cualquier pecado, como por ejemplo, por una falta de abnegación, por un espíritu mundano, o por dejarte llevar por la ira has contristado al Espíritu Santo, y por consiguiente, perdiste tu gozo, has creído perder tu Salvación. No es así. Otra vez te repito:

Tu Salvación depende de la obra de Cristo PARA tí.

La certidumbre de tu Salvación depende de la Palabra de Dios dicha A tí.

Mas el gozo de la Salvación depende de no contristar al Espíritu Santo que está EN tí.

Si tú, como hijo de Dios, entristeces al Espíritu Santo, la comunión con el Padre y el Hijo quedará interrumpida; y hasta que te juzgues, y confieses tu pecado, la comunión y el gozo no se te volverán.

Un ejemplo: Tu hijo ha cometido un acto de desobediencia. Por su rostro se conoce que no está feliz. Media hora antes se paseaba en el jardín contigo, admirando lo que tú admirabas, contentándose con lo que te contentabas. En otras palabras, estaba en comunión contigo. Mas un acto de desobediencia ha cambiado todo, y el niño ha tenido que sufrir su castigo, y su semblante manifiesta la tristeza de su corazón.

Tú le has prometido que será perdonado al momento de confesar su falta; pero su orgullo y voluntad propia no le permiten hacerlo.

¿Qué es de la alegría que tenía hace media hora? Ha desaparecido. ¿Por qué? Porque la comunión entre el niño y su padre se ha interrumpido.

¿Qué es del parentesco que existía media hora antes?

¿Ha desaparecido también? ¿Ha quedado también interrumpido? De ninguna manera.

Su parentesco depende de su nacimiento.

Su comunión depende de su conducta.

El desenlace de la escena lo prueba: El niño se humilla y confiesa su falta, e inmediatamente tú le tomas en tus brazos, y le das el beso de perdón.

¡Qué cambio en el rostro del niño! Sí, ha vuelto su gozo, porque ha recobrado la comunión con su padre.

David, después de sus pecados en el asunto de la mujer de Urías, no dijo: "Vuélveme tu salvación," sino, "Vuélveme el gozo de tu salvación." (Salmo 51: 12.)

Si un creyente cae en algún pecado, se interrumpe la comunión con el Padre, y se pierde el gozo hasta que de corazón contrito lo confiese. Entonces, fiándose en la Palabra de Dios, sabe que es perdonado de nuevo, porque esta declara que, "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad." (1 Juan 1: 9.)

Acuérdate, querido hijo de Dios, de estas dos verdades: **Ningún lazo hay más fuerte que el del parentesco; y ninguno más delicado que el de la comunión.**

Todo el poder y consejo de Satanás es imponente para romper el primero, mientras que un pensamiento impuro o una palabra vana, romperá el segundo.

Si pierdes la comunión con Dios, humíllate delante de El, y considera tus caminos. Y cuando hayas descubierto la causa, júzgate a tí mismo por tu pecado, confesándolo delante de Dios tu Padre.

Mas no debes confundir nunca tu salvación con tu gozo, creyendo que aquella está perdida, porque este ha desaparecido.

No debes imaginar, sin embargo, que el juicio de Dios es más leve para el pecado del creyente, que para el del

incrédulo. El no tiene dos maneras de mirar el pecado. Dios siendo justo, no puede pasar por alto los pecados del creyente sin juzgarlos; como tampoco podrá hacerlo con los de uno que rechaza a su Hijo. Mas hay esta diferencia entre los dos, que los pecados del creyente eran **todos** conocidos de Dios y todos cargados en su Hijo cuando sobre el madero en el Calvario fué ofrecido. Allí y entonces la gran cuestión del pecado fué presentada ante el tribunal y juzgada, recayendo la pena sobre el Sustituto del creyente, como está escrito: "El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 Ped. 2: 24); mientras que el incrédulo rechazando a Jesús, como Sustituto suyo, tendrá que llevar sus pecados en su propia persona eternamente en el lago de fuego.

Así es que Dios, habiendo castigado en Cristo los pecados del creyente, no mira a este con el carácter de Juez, sino con el de Padre, y como tal, corrige y castiga a todo hijo que falta. Ahora la cuestión es de comunión, y esta se levanta por el Espíritu Santo siempre que es contristado.

Para concluir, tomemos otra figura. Es una noche hermosa de luna: está llena y resplandece más que de ordinario. Un hombre está mirando atentamente al fondo de un pozo donde ve la luna reflejada, y dice a un amigo que está a su lado: "¡Cuán brillante y redonda está la luna esta noche! ¡Con qué majestad sigue su curso!" Apenas acaba de decir esto, cuando su amigo deja caer en el pozo una piedra, entonces exclama: "¡Qué es esto! la luna se ha hecho pedazos, y veo los fragmentos en la más grande confusión."

"¡Qué absurdo!" replica su compañero. "¡Hombre, mira arriba! la luna no ha sufrido cambio alguno. Es la **condición del pozo** que la refleja que se ha cambiado."

Ahora, creyente, aplícate esta sencilla figura. Tu corazón es el pozo. Cuando en él no das cabida al mal, el

Espíritu de Dios toma de las glorias y perfección de Cristo, y te las revela para tu consuelo y gozo. Mas al momento que acoges en tu corazón un mal pensamiento, o una palabra ociosa sale de tus labios, el Espíritu Santo empieza a turbar el pozo, las experiencias que te hacían feliz caen en pedazos, tú estás intranquilo y turbado hasta que con espíritu quebrantado delante de Dios, confiesas tu pecado que ha sido la causa de tu intranquilidad, y así se restauran de nuevo la calma y el gozo de la comunión.

Pero cuando tu corazón se halla así sin reposo, ¿has de pensar que **la obra de Cristo ha sufrido cambio?** No por cierto. Pues, por lo tanto tu Salvación tampoco ha cambiado.

¿Ha cambiado la Palabra de Dios? Ciertamente que no. Entonces queda firme **la certidumbre de tu Salvación.**

¿Qué es, pues, lo que ha cambiado? Es la acción del Espíritu Santo, que en lugar de tomar las glorias de Cristo y llenar tu corazón de ellas, El se ha entristecido al tener que dejar este oficio para mostrarte tu pecado e indignidad.

El te quita tu consuelo y gozo hasta que juzgues y resistas lo que El juzga y resiste. Cuando esto es hecho, la comunión con Dios es de nuevo restaurada.

¡Qué el Señor nos dé una santa vigilancia sobre nosotros para que no contristemos "al Espíritu Santo de Dios con el cual estamos sellados para el día de la redención!" (Efes. 4: 30.)

Querido lector, aunque tu fe sea débil, guarda firme esta verdad consoladora: Que el Salvador, **Aquel** en quien pones tu confianza, no cambia nunca.

"Jesu-Cristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos." (Heb. 13: 8.)

La obra consumada por El, no cambia nunca.

"Todo lo que Dios hace, eso será perpetuo: sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá." (Eccles. 3:14.)

La Palabra hablada por El, no cambia nunca.

"Secóse la yerba, y la flor se cayó; mas la palabra del Señor permanece **perpetuamente.**" (1 Ped. 1: 24, 25.)

Así el objeto de tu fe, el fundamento de tu Salvación, y la base de tu certidumbre, son igual y eternamente inmutables.

"Firme cual roca es el Evangelio,
Reposa en él mi fe;
Y si en las manos de Jesús me pongo,
Jamás me perderé.

Su palabra empeñó: de su rebaño
Salvará hasta el menor;
De cuanto el Padre celestial le entrega,
El es fiel guardador.

Muerte e infierno no han de lograr los suyos
De su mano arrancar;
Y ellos podrán en su amoroso seno
Por siempre descansar."

Por última vez te pregunto: **¿En qué clase viajas?** Vuelve tu corazón a Dios, te ruego, y da la contestación a El.

"**Sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso.**" (Rom. 3: 4.)

"El que recibe su testimonio, este signó que **Dios es verdadero.**" (Juan 3: 33.)

¡Qué la certidumbre gozosa de la posesión de esta "salvación tan grande" llene tu corazón, querido lector, ahora y hasta que Jesús venga!

JORGE C.